

## REVISTA LITERARIA

### LA MISION FRANCESA EN LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La Misión Cultural Francesa, presidida por el eminente Profesor Pasteur Vallery Radot, miembro de la Academia Francesa y de la de Medicina, y nieto de Pasteur, el ilustre hombre de ciencia, fué objeto en Montevideo de la más cordial acogida por parte de las autoridades y del pueblo.

La Academia Nacional de Letras recibió en sesión solemne a la misión cultural, y en esa recepción le fué otorgado al Profesor Vallery Radot la dignidad de miembro correspondiente de la Corporación. El acto, que fué brillante, se vió honrado con la presencia del Ministro de Instrucción Pública, Dr. Adolfo Folle Juanicó, y el Ministro de Francia, señor Grandin de L'Epervier. En él se cambiaron los siguientes discursos entre el Vice Presidente de la Academia, Doctor Víctor Pérez Petit y el Profesor:

Señor Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social,  
Señor Ministro de Francia,  
Señor Vallery Radot,  
Señores Académicos:

La Academia N. de Letras del Uruguay tiene el honor y el placer de recibir hoy la visita de la brillante delegación que envía Francia Liberada a los pueblos y naciones de nuestro continente para traernos el saludo de aquella gran democracia y reanudar los lazos espirituales y culturales interrumpidos por la tremenda vorágine de la guerra desde la ocupación de Francia por las hordas de los enemigos de la civilización, hoy felizmente dominadas, rechazadas y vencidas por los soldados de la libertad, de la justicia y del derecho. Preside esa embajada extraordinaria, de tanto relieve y de tan singular significación, el profesor señor Pasteur Vallery Radot, de la Academia Francesa y de la de Medicina, profesor de la Facultad de París, director del Consejo de Administración del Instituto Pasteur, ilustre sabio que ha divulgado la obra de su glorioso antecesor; — realiza la delegación, el señor Ministro Plenipotenciario de Francia acreditado ante nuestro país, señor Grandin de L'Epervier; y la completan con sus preclaros nombres y su excepcional valía, la señora Pasteur Vallery Radot, el conde Emmanuel de Siéges, que fué secretario jurídico del Banco de Francia, y director de compañías de seguros, eminente financista que agrega a la ciencia de los números la condición de licenciado en letras, habiendo escrito y hecho representar en el «Vieux Colombier», de París, varias obras teatrales hermosas, llenas de fina espiritualidad; el señor Raymond

Ronze, profesor agregado de la Universidad, gran conocedor de nuestra historia y de nuestra literatura, según lo acreditan varios de sus libros, entre otros, los intitulados «Sarmiento educador» y «Las Doctrinas panamericanas de Drago y Baltasar Brum»; el señor Albert Ledoux, antiguo conocido nuestro, pues poco antes de comenzar la guerra desempeñaba el cargo de primer secretario de la Embajada de Francia y aquí dejó el recuerdo de su fina caballerosidad y de su bien cultivada inteligencia; y el capitán Gabard, que hizo sus campañas, en el Sudán, en la Somalia Británica y en Egipto, dando su sangre de soldado por la civilización y la redención de su patria, como lo atestigua su noble cuerpo mutilado.

Yo no tengo necesidad de encarecer la importancia de esta misión, que cualquiera puede avalorar, ni hacer la presentación de todos y cada uno de sus miembros: son éstos suficientemente conocidos en nuestro ambiente intelectual y se recomiendan por sí solos por sus altos merecimientos. Han menester de aquella presentación los desconocidos; pero huelga el de unos espíritus superiores que, salvando la inmensidad atlántica y venciendo la indiferencia de los hombres, han conquistado de mucho tiempo atrás nuestra admiración y todas nuestras simpatías. Los nombres ilustres de Francia nos son familiares y los repetimos con el orgullo conque solemos repetir los grandes nombre de nuestro solar nativo, — por los menos, con el mismo aprecio y premurosidad.

Pero, si no digo aquí la virtud esencial que asiste a cada uno de los integrantes de esta embajada, puedo muy bien referirme al propósito que persiguen al venir a nosotros. Es éste ajeno por completo a todo interés político y a cualquier circunstancia de bandería o de secta. Como lo dije al principio y lo consigna en su nota el señor ministro de Francia dirigida a nuestro ministro de Instrucción Pública y Previsión Social doctor don Adolfo Folle Juanicó, es solo de carácter espiritual, y siendo esto así, presumo y me atrevo a pronosticar que dicha misión encontrará fácil y natural andamiento entre nosotros.

Y lo hallará por los múltiples lazos que nos ligan a esa Francia que queremos y veneramos como nuestra gran patria espiritual; por todo ese caudal de enseñanzas y virtudes que a su pensamiento le debemos; por el conocimiento que tenemos de sus hombres, muchos de ellos vinculados a nuestra sociedad, a nuestras empresas, a nuestros trabajos, y hasta a nuestra historia, ya que no es dado olvidar que en momentos difíciles de nuestra azarosa vida política, estuvieron a nuestro lado y nos brindaron su sangre, confundiendo su vida con nuestra vida para hacer suya la causa que defendíamos y los principios que sustentábamos.

Pero, lo esencial, lo que más importa, es que en la formación de nuestro pensamiento y en el cultivo de nuestras idealidades, ha sido siempre Francia nuestra más grande y diligente maestra; la que supo encender nuestros más fervorosos entusiasmos, la que conquistó

nuestro corazón. Nuestra cultura es fundamentalmente francesa; y no obstante nuestra raigambre hispana y el respeto que mantenemos por otras grandes cumbres del genio humano, originarias de comarcas extrañas y tierras extranjeras, — pues en nuestro cosmopolitismo intelectual no hacemos diferencias de nacionalidades y admitimos y celebramos todo lo que es noble y grande, hermoso y educador, por el solo hecho de serlo; no obstante esa natural propensión, digo, a recoger y admitir lo que nos envía el saber de otros pueblos y otras culturas, invariablemente y de preferencia nos hemos vuelto al genio de Francia para mantenerle nuestro afecto; para jurarle nuestra obsecuencia, para abreviar nuestra vida en el caudal de su propia vida. Y no podía, señores, ser de otro modo, porque Francia es, para nosotros, la verdadera cuna de la idealidad latina, el norte imantado de nuestra raza, el fanal cegador de nuestras admiraciones.

¿Qué otra región de planeta ofrece a los corazones entusiastas, a las inteligencias despiertas más rico venero de grandes hombres? En las ciencias más variadas y contrapuestas, en todas las más altas especulaciones del espíritu, son nombres franceses los que siempre llevan la primacía. Si de ciencias físicas se trata, de ciencias naturales, de ciencias exactas, de astronomía o medicina, de derecho o bacteriología, de geología o moral, levanta esos nombres admirables que fueron los nombres de Lavoisier y de Gay Lussac, de Lamareck y de Cuvier, de Mariotte y Champollion, de Laplace y Leverrier, de Reaumur y Fresnel, de Malte-Brun y de Reclus, de Claude Bernard, de Becquerel y Arago, de Ampère y de Fizeau, de Lalande y Poincaré, de Fresnel y Berthelot, de Saint-Hilaire y Quatrefages, de Brown-Sequard, de Foucault, de Charcot, de Pinel, de Courtois, del inmenso Pasteur y sus sabios discípulos los doctores Calmette y Vidal, de Pierre Emile Roux, de monsieur et madame Curie. Si de filósofos se trata, nos ofrece los nombres inmortales de Descartes, Condillac, Montesquieu, Helvétius, Nicole, Guinguené, Laromiguière, Condorcet, Maine de Biran, Malebranche, Augusto Comte, Renan, Gassendi, Jouffroy, Víctor Cousin, Edmé A. Caro. Si explayando el espíritu por los dominios del arte, nos enfrentamos a los que nos han dado una hora de ensoñación con el lenguaje divino de la música, tropeizamos con los nombres de Rameau y de Lalo, de Reyer y de Litolf, de Vientemps y de Boieldieu, de Lecoq y de Auber, de Thomas, Delibes, Halévy, Gounod, Bizet, Berlioz, Vincent D'Indy, Saint-Saens, Massenet, Charpentier, Paul Dukas, Gabriel Fauré, Ravel, Debussy. Si visitamos un museo de arte, el alma se nos ilumina con los colores primaverales de Watteau, de Boucher, de Chardin, de La-Tour, de Fragonard (los milagrosos evocadores de la Mujer en el siglo XVIII); con Le Poussin, David, Courbet, Ingres, Delacroix, Troyon, Décamps, Theodore Rousseau, y los famosos artistas de la «banda negra» Cotet, Ménard y Danchez; con Corot, Puvis de Chavannes, Manet, Cézanne, Monet, Pissarro, Sisley, Francois Millet, Rénoir, Daumier, Henner, Meissonier, Bonguereau, Bonat, Lucien Simon, de la Gándara; con

Matisse, con Gauguin, con Vlaminck; — y en el arte escultórico, con los no menos ilustres y celebrados de Carpeaux, de Clodion, de Fremiet, de Houdon, de Rude — el creador de «La Marselleise», — de Rodin — el creador de «Les bourgeois de Calais», — de Bartholomé — al autor de «Le monument aux morts». — Y si a las letras nos volvemos para apacentar el alma en las creaciones portentosas, en la belleza perfecta, en la dicción armoniosa y cautivante, entonces la afluencia de nombres gloriosos asume las características de una torrentada: el inmenso Rabelais y el profundo Montaigne preceden a los grandes creadores del siglo clásico, Molière, Corneille, Racine y Boileau, Pascal, Bossuet y Fenelon, a los que subsiguen los eminentes pensadores de la Enciclopedia, D'Alambert, Voltaire, Diderot y Rousseau; los geniales precursores del romanticismo Mad. de Staël y Chateaubriand, el enorme Honorato de Balzac y la evocadora de los rincónes de Berry, la genial Jorge Sand; los extraordinarios líricos Alfredo de Musset y Lamartine con el inmenso Víctor Hugo que llena por sí solo el siglo XIX; la falange de los renovadores Leconte de Lisle, Banville, Baudelaire, Gautier y Heredia; los soberbios maestros del naturalismo Zola, Daudet, Maupassant y Flaubert, los hermanos Edmond et Jules de Goncourt, los hermanos Víctor y Paul Marguerite, los hermanos Rosny; y entre la turbamulta innumerable de admirables espíritus que en las postrimerías del siglo pusieron una constelación de astros en el cielo del arte francés, Anatole France, el de las ironías relampagueantes como un puñalito de plata, y Paul Verlaine, poeta cuyo verbo tenía claridades místicas y parpadeos de azufre luciferino. Y si, finalmente, nos volvemos a los políticos, a los estadistas, a los constructores de un pueblo grande y libre, de un pueblo que supo arrasar la Bastilla y proclamar los derechos del hombre para bien de sí mismo y de la humanidad, ahí está toda la galería de apóstoles y salvadores que va desde Gambetta hasta Georges Clemenceau, — que si alguna vez en el curso de los tiempos y en el desarrollo de la vida, fué dado observar el lamentable espectáculo que ofrecían traidores y vendidos al enemigo, como los nefastos gobernantes de Vichy, jamás faltó a la nación francesa un varón insigne, un verdadero patriota, un soldado de honor como el general Charles De Gaulle para salvar el buen nombre de la nación ultrajada y reivindicar la libertad de la nación.

¿Cómo no admirar a ese pueblo; cómo no venerar esas glorias? ¿Cómo no mostrarnos orgullosos de esa nación cuya grandeza arrastra nuestros corazones? ¿Cómo no celebrar sus triunfos, compartir sus alegrías y padecer con sus sufrimientos? No hace mucho tiempo todavía, en ocasión de la noticia que nos trajo el telégrafo de que París había sido liberada, Montevideo, mi ciudad, ofreció al mundo el espectáculo de un pueblo en delirio, de todo un pueblo exaltado por el triunfo de la buena causa: hombres, mujeres, ancianos y niños, con el primer magistrado de la nación a la cabeza, con el doctor Juan José Amézaga, se lanzaron a la calle, sin distinción de credos ni de

ideologías, para manifestar su júbilo, para aclamar el nombre de Francia, cantando su himno patrio y tremolando su bandera. El ministro de Francia, llegado ese día de Buenos Aires, monsieur Lancial, fué sacado de su coche por la multitud y conducido en andas hasta la sede de la Legación, entre aclamaciones y vítores. El buen pueblo de Montevideo olvidó de comer ese día y recorrió las calles en incesantes manifestaciones hasta que la noche y la fatiga apagaron los ánimos. Tal muestra de simpatía, improvisada y repentina como lo fué, evidencia que nuestro amor por Francia no es cosa del momento ni capricho de la hora: evidencia su honda raíz en lo más profundo de la entraña.

He ahí por qué, señores delegados, me he atrevido a pronosticar que vuestra misión de entendimiento intelectual con nuestro pueblo será tarea fácil y hacedera. He ahí por qué he adelantado que vuestra palabra amiga, que nos traéis en nombre de Francia, os será correspondida por nosotros de todo corazón.

Luego, al regresar, cumplida la misión que os trajo a tierras de América, llevaréis con vosotros la palabra de gratitud que ha provocado vuestra visita, y con élla, flor viva y augural del más recóndito sentimiento, el voto ferviente de las almas uruguayas porque Francia renazca cuanto antes de esta dura hora de prueba, mostrando ante el mundo que es siempre la Francia gloriosa de nuestros amores, aquella misma Francia que proclamó, en una hora de prueba también, los derechos del hombre y la libre decisión de los pueblos a regir y encauzar sus destinos.

Y entonces, señores delegados, acaso os ocurra decir, recordando que habéis cruzado tantas tierras extrañas recogiendo siempre las bellas rosas de Francia: «Nous rentrons a la maison sans - être sortis».

A continuación el Profesor Pasteur Vallery Radot, pronunció esta elocuente alocución:

Señor Ministro de Instrucción Pública:

El 29 de octubre de 1943, al inaugurar esta Academia de Letras, decíais: «Nuestras miradas se vuelven en este momento, con emoción, hacia la Francia inmortal, en razón de su grandeza en el pasado y del resurgimiento glorioso que le deseamos, hacia la Francia que fué cuna y guía de la cultura universal». Estas palabras, señor Ministro, las pronunciabais en una hora en que Dios había puesto el destino de Francia ensangrentada, herida y esclavizada, en manos del General De Gaulle. Teníais fé en él porque encarnaba para vos a la Francia de San Luis, de Juana de Arco, de Luis XIV, de Bonaparte, la Francia de Richelieu, de Racine, de Voltaire, de Hugo, de Pasteur, *nuestra* Francia, *vuestra* Francia. En nombre de Francia, ¡gracias!

Señor Presidente Víctor Pérez Petit:

Es un insigne honor para mí ser acogido en el seno de vuestra eminente compañía por un hombre como vos, ilustre en la literatura

y en el periodismo y que por medio de notables obras poéticas y teatrales tanto ha enriquecido el patrimonio espiritual del Uruguay. Las palabras que acabáis de pronunciar me han conmovido profundamente. Habéis hecho, en un resumen conmovedor, un cuadro magnífico del pensamiento y del arte de Francia.

Señores Académicos:

La Academia de Letras del Uruguay, a la que le está reservado el más brillante porvenir, ha querido rendir un solemne homenaje a mi país, ese país que consideráis como una segunda patria y al que os sentís unido por tantos lazos morales e intelectuales. Os lo agradezco.

La simpatía, o más bien el amor que habéis demostrado hacia Francia en sus años de dolor, de lucha y de esperanza, permanecerá en nuestros anales como el testimonio más conmovedor de los sentimientos que esta Francia inspiró en América Latina desde los días sublimes de fines del siglo XVIII en que dió al mundo la Carta de la Libertad. Durante los cuatro años que vivimos en la más horrenda prisión que ha podido conocer un pueblo libre, puesto que nuestros carceleros del exterior y del interior habían unido su acción nefasta, nos sentimos alentados por el apoyo moral que vosotros nos aportabais. No abandonasteis jamás a la Francia herida, pisoteada y amordazada por el cruel vencedor. Habéis tenido fé en el que esperó contra toda esperanza y que, con una intuición genial y una voluntad indómita, inyectó a la Francia expirante, una nueva vida, creó de nuevo su alma y su fuerza y la condujo a la victoria.

¿Qué misterioso atractivo une el Uruguay a Francia?, me preguntaba hace poco un francés, ignorando todo lo que existe más allá de su horizonte. Le respondí: «El amor del Uruguay por Francia lo comprendí el día en que uno de mis amigos uruguayos me dijo: Francia es la eterna novia espiritual del mundo y de mi país particularmente». ¡Qué exquisitas palabras, que sólo podía pronunciar uno de esos hombres de inteligencia y de corazón como vuestro país se complace en formar!

Habéis probado vuestro amor a Francia en la forma más conmovedora en el momento de la liberación de París; lo habéis demostrado nuevamente en estos días, por la acogida dispensada a la Misión Francesa que llega a vosotros con fervor y que recibís con la unanimidad de vuestros espíritus y de vuestros corazones.

¡La Francia que vosotros habéis amado está más viva que nunca! Ha proseguido, atada de pies y manos, en la vía de su sorprendente destino contra el cual ninguna fuerza material puede prevalecer. Los germanos quisieron destruir hasta el recuerdo de lo que fué su pensamiento desde hace cuatro siglos; pero consiguió estimular sus energías. Héla aquí rejuvenecida, regenerada por sus sufrimientos, orguillosa con la lucha heroica que sostuvo, resuelta a dar al mundo, en colaboración con todos los hijos espirituales de la Revolución Fran-

cesa, ya sean de Europa, de América o de Asia, un nuevo ideal y una nueva razón para esperar en el porvenir del Hombre .

El espíritu francés, este espíritu hecho de claridad, de lógica, de medida y de matices, que ama la síntesis y sólo sabe sintetizar, este espíritu que sólo puede desarrollarse en la libertad y que la ama apasionadamente porque siente que sin libertad sólo habría para él esterilidad y muerte, ha estado en peligro. Si los germanos lo hubieran ahogado, es a vosotros, naciones de la América Latina, a quienes les hubiera sido dado continuar su tradición.

Los dos mensajes que dos grandes pensadores, dos grandes amigos de la América Latina, mis ilustres colegas de la Academia Francesa, Georges Duhamel y Paul Valéry me han encargado trasmita a la América Latina os han de mostrar con cuánta confianza los intelectuales de Francia se vuelven hacia vosotros.

He aquí el de Georges Duhamel, Secretario perpetuo de la Academia Francesa:

«En las más crueles horas de esta guerra devastadora, nuestro pensamiento, el pensamiento francés tan nuestro, se volvía hacia las Repúblicas Americanas y tomaba, a veces, una solemnidad testamentaria. Hoy podemos creer que la civilización Occidental se salvará; no dejamos por eso de decir hoy a los pueblos americanos que, en nuestra tremenda angustia, los consideramos guardas y garantías de esta civilización que ha producido obras tan grandes y debe aún producir más».

He aquí el mensaje de Paul Valéry:

«No pudiéndolo hacer personalmente, yo que posiblemente nunca tenga la dicha de ir hasta vosotros queridos amigos conocidos y desconocidos, que mi voz os dirija estas pocas palabras de afecto espiritual y de confianza en vuestros sentimientos sobre nuestros ideales y nuestras esperanzas.

«Pensad en nosotros, que, en una Europa en ruinas, entregada al fuego, a la miseria, a la devastación, tratamos de preservar algunos restos de los bienes más preciosos, algo de nuestro tesoro intelectual de pensamiento y energía creadora.

«Pensad que vemos en vosotros los testigos de lo que fuimos y los depositarios de nuestras tradiciones de arte, de poesía, y cultura superior y noble.

«Vosotros sois nuestra esperanza, amigos de la América Latina. He aquí lo que os dice de todo su corazón el poeta más allá del Océano».

Amigos del Uruguay, eminentes colegas de esta Academia de Letras, vosotros que habéis dado al mundo poetas y escritores como Zorrilla de San Martín, y esos tres grandes que se han vuelto nuestros, Lautréamont, Laforgue y Supervielle, vosotros que amáis a Mauriac, Valéry, Gide, Duhamel, Aragón y todos los que hoy son honor de las letras francesas, mirad en los ojos a la Francia inmortal, que, fraternalmente, os tiende la mano.